

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO VIII.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

MURCIA 6 DE DICIEMBRE DE 1896.

La correspondencia al director, Redacción y Administración: Apóstoles, 11, bajo. Número suelto 10 céntimos.

NÚM. 346.

La Juventud Literaria



PALIQUE

AN horrososos son los dramas ocasionados por el amor, que la pluma se resiste comentar hechos tan terribles, como el ocurrido en la Iruela (Jaen) hace pocos días.

Una bella señorita, hija de don José Rodríguez Castellanos,

sostenía relaciones amorosas con un distinguido joven de la localidad, y celoso éste del padre de la muchacha, concertó con ella la manera de dar muerte al infeliz anciano que la dió el ser, sin que sobre ellos recayera la menor sospecha.

Llevaron á cabo su proyecto entrando en la habitación de D. José Rodríguez Castellanos cuando éste estaba durmiendo, y le dieron un tiro en la cabeza, dejándole muerto en el acto.

Inmediatamente los novios avisaron al médico titular del pueblo, y le dijeron que el anciano se había suicidado.

El médico avisó sin pérdida de tiempo al juez, D. José Baleriola, logrando de tal suerte descubrir este horrendo crimen.

¡Parece increíble que una hija sea capaz de matar á su padre!

Comprendo que una mujer abandone su hogar, fugándose con el novio, cuando los padres se oponen á las relaciones, pero que sean capaces de asesinarlos, eso, francamente, no lo pensé jamás.

El que así procede, no tiene buenos sentimientos, no sabe lo que es amor, ó mejor dicho, es un loco, pues de otro modo no es fácil cometer un crimen tan horrible, como el llevado á cabo por la señorita de Rodríguez.

Dios se apiade de ella, ya que la justicia humana castigue severamente á la hija desnaturalizada.

Por tratarse de la emancipación de la mujer, de un artículo de «La Correspondencia de España», recorto los siguientes párrafos:

«Toma cada vez más incremento en Europa el movimiento en favor de que la mujer tenga los mismos derechos que el hombre y de que se habran á la bella mitad del género humano las puertas de todas las carreras.

La «Revue Encyclopedique» ha consagrado á este movimiento un número extraordinario con 300 grabados, entre los que figuran 150 retratos de mujeres que se han distinguido por sus condiciones especiales, pudiendo cualquiera ellas competir con el hombre más ilustre.

El texto de este número es notabilísimo. Alejandro Dumas (hijo) escribió para este número una profesión de fé feminista. Enrique Ibsen formula sus ideas de este modo: «La revolución social que se prepara en Europa afecta principalmente al porvenir de la mujer y del obrero.»

Mr. Eduardo Roc dice que el mundo va tan mal gobernado por los hombres, que no se perdería mucho con que la mujer tuviera derechos políticos.

Mad. Julieta Adam dice que la mujer ha llegado ya á la madurez del juicio necesaria para ejercer todos los derechos, y que el que no lo vea será porque esté ciego.

En resumen, que la propaganda se acentúa más cada vez y que no habrá más remedio que conceder á las señoras lo que piden, cosa que no es nueva, pues con derechos y sin derechos, ellas son siempre las dueñas soberanas de nuestras voluntades.

Yo estoy tambien muy conforme con que á la mujer le demos a libertad de los hombres.

De la compañía que dirige el aplaudido é inteligente actor cómico D. Juan Espantaleon, diremos que cada noche está gustando más, pues toda ella, digimos el anterior domingo, es aplaudida con justicia; las obras que representan son tan escogidas y variadas, que el elegante coliseo de la plaza de Julian Romea se vé todas las noches sumamente concurrido.

Repetimos nuestro aplauso al Sr. Espantaleon, y á su compañía damos la enhorabuena, por lo mucho que coincide en el desempeño de su clásico repertorio.

RAMON BLANCO.



KEBIRA

—LEYENDA ÁRABE.—

Negros como las alas de Eblis, el ángel malo, eran sus ojos.

Negras sus cejas y su cabellera espléndida.

Como espuma de las saladas ondas que se rompen en las rocas de la playa, eran blancos sus dientes.

Como las primeras tintas de la aurora que tras las enhiestas cumbres se asoma, eran sus mejillas sonrosadas.

Ni con mas gentileza se cimbraba la palmera de la plaza que su talle aéreo, ni con mas ruda magestad se desliza por los aires el águila real, que su admirable pié por los mosaicos de su estancia.

Kebira se llamaba y fué profeta quien tal nombre eligiera, que en grandiosidad de belleza nadie compite con Kebira.

Hija de Boaza-ben-Grimú el temido Kaid, jamás conoció Kebira la contrariedad amarga; que su padre para ella blanda cera, era metal durísimo en el combate, y las joyas mas preciosas del botín desparramábanse siempre ante la niña, porque ella trasladase sus fulgores del sangriento pecho del vencido á los nácares de sus brazos y su cuello.

No conoció á su madre.

Obscura historia de penas y de amores, delataba el fruncido áspero entrecejo de Grimú cuando la niña interrogaba. A veces, insistiendo por saber qué se hizo de ella, solo arrancó al padre abrazo apretadísimo, que la hizo percibir dentro del pecho, sordo hervor de angustias y rencoros.

Y así el tiempo corrió, y Kebira siempre era la niña, candorosa y gentil, graciosa y bella, pero... triste.

¿Porqué tristeza?

Alegria, gozo efusivo, placer constante. ¿No era rica? ¿Respetada y querida? ¿Joven y hermosa?

¿Porqué triste?

Así pensaba Grimú.

Tras la férrea cadena de montañas que oculta con opacos cortinajes de neblinas la España suspirada por el árabe, hay un aduar, mas que aduar murado recinto de adobes corroidos.

Domina vasta llanura donde pastan rebaños numerosos.

Y constituyen cuadro de infinita riqueza de colores, los nevados corderos salpicando el suavísimo verde de los campos, el severo parduzco del aduar, el opaco cobalto de la umbria y la cobriza vigorosa, entonación de la vecina sierra.

Vive allí Kadur el rico.

Dueño es de todo lo que la vista abarca y algun sultán recibió dones del moro opulentísimo.

Comercia con los pueblos extranjeros, y el grano que producen sus maizales se solicita en los mercados, y troca por ricas mercancías por las caravanas traídas, sus telas y ganados.

Es anciano, pero enérgico y brioso.

En la comarca se respeta su nombre, y la fama de sus riquezas traspuso las nevadas cumbres.

En muchas leguas se conoce y envidia al rico moro.

Grimú no ha ideado el casar á Kebira; no quiere separarse de su hija.

Kebira no ha pensado en hombre alguno, pero en el ajimez, en el baño, en el paseo, la niña suspira á veces, y á veces apoyada en la breve mano la mejilla, deja las horas resbalar.

¿Qué pensará Kebira?

Nada en suma.

¿A qué dedica los esfuerzos de su mente? A nada.

Vaguedades del pensamiento que no concretan nada. Deseos indefinidos del alma que nada piden. Vehemencias del corazón que futilidades calman. Cuadros incoloros, que esfumados por la fantasía se berran como el humo.

Kadur el rico vá á llegar.

Su cárabo gallardo avanza á impulso de los largos remos, cual marino monstruo que nada en demanda de la playa.

Grimú espera en la orilla. Tiene muchos sacos de dorado trigo que el rico negociante vá á comprarle.

Y Kadur llega y en hombros de un esclavo toma tierra y allá se internan en el pueblo; Kadur, airoso á pesar de sus cincuenta inviernos y Boaza satisfecho y gallardo. Parecen los dos moros, jóvenes amigos que marchan á una fiesta.

Todo está convencido y Boaza ha recibido en sacos de cuero el valor de su cosecha. Kadur es dueño del trigo. En casa de Grimú se celebra el trato.

Y al fin de la comida, Kadur, prendado de Kebira, pide á Grimú la mano de su hija.

Darále cien carneros, mil yequies, dos cárabos, esclavos.

Grimú vacila.

Ama mucho á su hija, mas el presente es rico.

Kadur hará feliz á la doncella. La alianza hará de Boaza-ben-Grimú un poderoso.

¿Qué dirá Kebira?

Ella escuchó la pretension del moro. No habla; sus ojos nada expresan.

Por fin pregunta Boaza á la niña y ella accede.

Día feliz. Kebira vá á casarse. En dos lunas, volverá el negociante por su esposa.

Todo pactado; los presentes, el día de la boda.

Boaza y Kadur contentos. Ella... impasible.

Solo allá en la sombra, tras la puerta, un esclavo que con las uñas se desgarran el pecho, y con ansia rabiosa aprieta el puño de afilada gumiá.

La noche avanza, y en la estancia donde comieron dormirá Kadur.

